



PAPÁ TAMBIÉN TIENE COSQUILLAS

Victor Barrientos Ros

PAPÁ TAMBIÉN TIENE COSQUILLAS

En un pequeño pueblo colorido, al final de una calle llena de árboles susurrantes, vivía una alegre familia. Marina y Héctor, dos hermanitos de cabellos como hilos de sol, pasaban sus días inventando juegos entre risas y secretos. Su padre, un hombre alto, con gafas de pasta, amable y con una barba que siempre parecía tener las respuestas, amaba a sus hijos más que a nada en el mundo. Sin embargo, había un pequeño problema: su teléfono móvil, que a menudo capturaba toda su atención con sus incesantes pitidos y luces parpadeantes.

Una tarde, mientras el cielo se pintaba de naranja y rosa, Marina y Héctor jugaban en el jardín, su lugar favorito. El viento bailaba con sus risas, pero su padre estaba ausente, sumergido en el mar de su móvil. Los niños se miraron, compartiendo una idea sin palabras. Con pasos sigilosos de gato, se acercaron a su padre, y de repente, ¡zas!, lo atacaron con una tormenta de cosquillas.

Al principio, el padre apenas reaccionó, sus dedos aún bailaban sobre la pantalla. Pero las cosquillas eran como gotas de lluvia en un día seco, inevitables y refrescantes. Pronto, las carcajadas llenaron el aire, mezclándose con las de Marina y Héctor. El teléfono, olvidado, cayó suavemente sobre el césped como una hoja otoñal.

En ese momento mágico, el padre se dio cuenta de lo que había estado perdiendo. Las risas de sus hijos eran melodías que ningún correo electrónico podía igualar, y sus juegos, aventuras que ninguna App podría ofrecer. Decidió entonces que aquel aparato ya no gobernaría su tiempo.

Los días siguientes se llenaron de nuevas aventuras. La familia construyó castillos de almohadas, exploró junglas imaginarias en el jardín y navegó mares tempestuosos en su sala de estar. El teléfono, ahora un mero espectador, apenas recordaba los toques de su dueño.

Marina y Héctor aprendieron que, a veces, para traer a alguien de vuelta al mundo de la imaginación y el juego, solo hace falta un gesto sencillo, una cosquilla en el tiempo adecuado. Y el padre, con su risa resonando más fuerte que cualquier tono de llamada, comprendió que, en el corazón de su familia, en esos momentos compartidos, residía la verdadera y auténtica felicidad.

Así, en el pequeño pueblo donde los árboles susurraban secretos y el viento jugaba a ser director de orquesta, una familia redescubrió el tesoro de estar juntos. Y aunque el mundo exterior seguía girando, con sus prisas y sus ruidos, dentro de la casa al final de la calle, el tiempo se medía en risas, abrazos y el dulce olvido de un teléfono que, por fin, descansaba.

Víctor Barrientos Ros - Papá de Marina (4º primaria) y Héctor (2º Primaria)